



TRES MESES

José Antonio Fernández Asenjo

TRES MESES



Primera edición: octubre de 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© José Antonio Fernández Asenjo

ISBN: 978-84-17961-72-5

ISBN digital: 978-84-17961-73-2

Depósito legal: M-30432-2019

Editorial Adarve

c/ Marcenado 14

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi compañera, mi pareja
y mi amiga, Genny*

ENERO 1939

I

El Hispano-Suiza K6 abandonó Guadalajara siguiendo el trazado de la Nacional II, pero pronto se desvió hacia la izquierda en dirección noroeste rodando por una carretera en mucho peor estado y a la que las últimas lluvias y nevadas del crudo invierno castellano habían convertido prácticamente en un camino de cabras.

En pocos minutos, las trincheras republicanas quedaron atrás y el vasto territorio nacional comenzó a tragarse literalmente al vehículo.

El auto se había convertido en un sencillo *tiznao* forrado con simples láminas de chapa al principio de la guerra, y meses más tarde, ya bajo la supervisión de los rusos, o de los soviéticos, había pasado a ser un auténtico vehículo blindado. Ninguno de los tres ocupantes del coche encontraba diferencias sustanciales entre lo ruso y lo soviético, aunque los tres sabían que la URSS era un joven país de tan solo 17 años surgido de una revolución que no paraba de crecer y de engullir territorios cercanos, una revolución comunista que les había ayudado en buena parte de la contienda y que aún mantenía un buen

número de militares entre ellos, y, sobre todo, muchos simpatizantes por parte del partido comunista, que había pasado de ser una organización minoritaria durante toda la década a convertirse en los últimos meses de guerra en uno de los elementos con más importancia y con más poder de todos los que formaban el bando republicano.

El *tiznao* en el que viajaban los tres hombres había tenido un continuo servicio durante todos los años que llevaban de guerra, sobre todo como transporte entre las distintas comandancias del Ejército Popular bajo las bombas de los aviones nacionales, pero en los últimos meses se había intentado recuperar para momentos más solemnes recobrando su primitivo aspecto, aunque se seguía notando en su chapa los agujeros y ranuras utilizados para cubrir la carrocería.

Hacia donde se dirigían aquel día, era uno de aquellos momentos solemnes, tal vez uno de los más solemnes en toda la campaña.

La bandera blanca con un círculo verde en su centro colgaba de una de las ventanillas traseras. Pronto fueron interceptados por la patrulla del Ejército Nacional, las ostentosas águilas negras eran bien visibles en los laterales del jeep.

Los tres ocupantes del Hispano-Suiza se encontraron al instante apuntados por media docena de fusiles. Jimeno Aparicio fue el último en bajar, echó una inquieta mirada a sus dos compañeros que ya estaban brazos en alto en señal de paz, el capitán Ulloa era el que parecía estar más sereno, aunque ninguno tenía por qué temer nada.

Les esperaban.

—Nos espera el coronel Garrido —dijo Ulloa. El capitán era un militar de carrera que había permanecido fiel a la República durante toda la contienda y que en las últimas semanas se le había relacionado de manera acusatoria por ciertos sectores de la defensa de Madrid con el coronel Segismundo Casado.

Uno de los militares sublevados les miró con desprecio. «Putos rojos» —creyó entender Jimeno.

—Seguidme —ordenó el militar nacional.

Todos caminaron durante tres kilómetros hasta que llegaron al campamento de campaña. A Jimeno le corroían los nervios, sentía cientos de arañas en su estómago, ni tan siquiera sabía exactamente qué hacía allí, en pleno territorio de los fascistas, que en cualquier falso movimiento les acribillarían sin piedad. El secretario Jacinto Pereda le había pedido expresamente que llevase a los dos militares republicanos a través de las líneas enemigas; más que una orden, había sido un favor. Además de que trabajaba bajo su ordenanza en una pequeña oficina del ayuntamiento de Madrid, le unía a Jacinto una amistad que venía de antes de la guerra y que se había afianzado como hierro forjado durante los años de conflicto, y que a pesar de la diferencia de edad entre ambos —Jimeno tenía 25 y el secretario Pereda ya pasaba de los cincuenta—, no les había impedido compartir más de una noche de parranda por las cercanías de Bravo Murillo y otras zonas ociosas del Madrid republicano.

Y él había cumplido el deseo de su jefe y amigo: había llevado a los dos militares hasta unos pocos kilómetros al sur de Burgos.

Desde Madrid. Hasta las puertas de la capital rebelde.

Y lo tenía que hacer sin que pudiesen ser descubiertos por las patrullas del Ejército Popular, que vigilaban el tránsito a la capital. Alguien le había proporcionado una ruta de ida y vuelta por la que no debía haber ninguna vigilancia. Y así había sido, al menos en la ida.

Unas enormes tiendas de campaña se alzaron junto a una arboleda; el camino que llevaba hasta el campamento estaba bordeado de una considerable capa de nieve.

Jimeno se quedó absorto según se acercaban y el enorme estandarte con el escudo del Águila de San Juan se iba haciendo más visible, como si quisiese proteger con sus alas extendidas el interminable número de carros de combate y tanquetas que descansaban en la explanada.

La visión aumentó el desconcierto y el desasosiego de Jimeno, que sintió como si ese malestar se convirtiese de repente en toneladas de hierro colocadas sobre su cabeza, la amarga y cruel sensación de la derrota. El impresionante ejército del general Franco reposaba ante él preparado para aplastar Madrid. El fin de la guerra estaba cercano, y dicho fin significaba la derrota de la República, el fin del fallido intento de instaurar la libertad y la democracia en el pueblo español.

La República había fracasado, y un futuro incierto y tenebroso se precipitaba sobre el país. La derrota por

parte del bando republicano era incuestionable, como lo declaraban abiertamente muchos políticos y militares; ahora solo quedaba esperar cómo llegaría esa derrota: si resistiendo hasta el final como deseaban los comunistas y los socialistas de Negrín, o negociando y pactando una rendición que permitiese terminar con el hambre y las penurias que sufría la población de la capital y de otras zonas de la República, como deseaban buena parte de los militares, apoyados por un buen número de políticos socialistas y republicanos, como se decía por ahí.

Jimeno suspiró. Estaba hastiado de bombas, disparos y muertes.

A pocos metros, el regimiento de moros descansaba junto a sus caballos, sus coloridos uniformes y capas relucían resaltando en el oscuro gris del día. Sin saber por qué, otro grupo de soldados africanos parecía estar mucho más alerta cerca de una de las tiendas donde varios militares vigilaban terriblemente armados.

El soldado Nacional les condujo entre la tropa hasta una de las tiendas. Se podía oler la tensión, incluso el respeto rozando el temor que reinaba entre muchos de aquellos militares. Les indicó que pasasen al interior, donde les recibió un militar cuya guerrera se mostraba ostentosamente cubierta de condecoraciones, un hombre canoso que seguramente sobrepasaba los sesenta años, pero con un rostro que, aunque presentaba arrugas y parecía cansado, revelaba una indestructible decisión hacia su cometido.

—¿El coronel Garrido? —preguntó el capitán Ulloa sin que el viejo militar que tenía delante soltase una sola palabra—. Le traigo este mensaje.

El capitán republicano estiró su brazo y entregó un sobre al coronel Garrido.

—¿Quién lo firma?

—El coronel Segismundo Casado.

Los labios se retorcieron y las cejas se enarcaron en el rostro de Jimeno, que no pudo reprimir su sorpresa. No conocía personalmente al coronel Casado, pero muchas cosas se decían de él en las últimas semanas, muchos rumores sobre su posible traición a la República que sobre todo provenían de la izquierda más radical de la milicia y de la trinchera, incluso había asistido a una tremenda bronca con violencia física incluida en el café Del Son, donde se juntaban muchas noches un sinnúmero de variedad de combatientes, políticos e intelectuales a tomar algún chupito de whisky cuando había suerte de que alguien apareciese con alguna botella del preciado licor. La bronca en sí había surgido cuando uno de los comunistas increpó a un capitán cercano al coronel Casado llamándole «traidor».

El personaje entró de improviso por un lateral de la enorme tienda de campaña y borró de un plumazo todos los recuerdos y pensamientos de Jimeno; la figura hizo su entrada como si hubiese estado esperando, incluso escuchando. Era un militar de alto rango; por su aspecto, uno de los más altos. Su uniforme resaltaba impecable, y sus botas de campaña relucían con un brillo intimidante; el individuo, de físico no muy grande y de aspecto enfermi-

zo, irradiaba un aura de poder y de fuerza que transmitía al grupo de militares, que le rodeaban como si fuesen perros sabuesos en derredor del cazador con escopeta y que parecían bailar como auténticas marionetas al son de aquel menudo hombre.

El viejo militar que les había recibido se cuadró como el hierro ante el recién llegado, que le dijo algo al oído y echó una furtiva mirada a los militares de la República.

Jimeno miró a los dos soldados republicanos, por si ellos también se cuadraban ante aquel hombre, pero ninguno lo hizo. Enseguida, el coronel Garrido se relajó y entregó el sobre al recién llegado en un sublime gesto. Este escudriñó a los republicanos con unos ojos vivos y pequeños que parecían irradiar una fuerza descomunal. Después, con una solemnidad teatral, abrió el sobre con una navaja que uno de sus subordinados le entregó, leyó el escueto papel y volvió a fijar su mirada en los militares de la República.

—Díganle al coronel Segismundo Casado que tendré muy en cuenta su propuesta.

Después de pronunciar las palabras, el general Francisco Franco dio media vuelta y abandonó la tienda acompañado de su séquito.

II

Jimeno abandonó la Nacional I cuando apenas quedaban 20 kilómetros para llegar a Madrid, siguiendo las instrucciones que había recibido antes de partir hacia Burgos: «ida Nacional II, regreso Nacional I», rezaban dichas instrucciones. También indicaban que debía evitar a toda costa penetrar en la zona republicana por la principal carretera, cuya vigilancia estaba en manos de los comunistas.

En otras palabras, los militares a los que transportaba no debían ser descubiertos bajo ningún concepto por las milicias del PCE.

Jimeno enfiló la carretera, que pronto se convirtió en un camino lleno de baches, por lo que tuvo que reducir la velocidad del Hispano-Suiza considerablemente. La nieve continuaba siendo abundante después de las nevadas que habían barrido el centro de la Península en los primeros días del año. El camino se fue deshaciendo hasta que definitivamente desapareció, absorbido por una pequeña llanura llena de barro antesala de la línea defensiva republicana. El militar detuvo el coche, alguien había coloca-

do unos tablones en un corto tramo donde la trinchera apenas tenía metro y medio de ancho.

El Hispano-Suiza hizo temblar la madera, hasta que por fin cruzó a zona republicana nuevamente. A ambos lados se divisaban tímidas luces que indicaban la vigilancia nocturna del frente.

El silencio era abrumador, tan solo roto por el ronroneo del auto guiado por Jimeno. Ninguno de los tres ocupantes había pronunciado palabra alguna durante el trayecto de regreso, absortos por la imponente imagen del Generalísimo Francisco Franco, el hombre que estaba arrinconando a la República y estaba conduciendo a la joven democracia española a un fin totalmente funesto.

Debía dejar a los dos militares en un acuartelamiento próximo a la Castellana, por lo que circuló por un camino que rodeaba el pueblo de Chamartín de la Rosa. Era plena madrugada, más de las tres; las luces del pueblo dieron algo de luminosidad al camino, pero ni un alma se movía, el frente quedaba a unos cuantos kilómetros al oeste.

Enseguida, Chamartín quedó atrás. Jimeno no se dirigió al Paseo de la Castellana directamente, donde, a pesar de la hora, podría haber alguna patrulla de vigilancia. El auto desembocó en el barrio de Tetuán, el militar condujo el Hispano-Suiza por distintas callejas hasta atravesar la irregular calle Orense y adentrarse por la arbolada que bordeaba la Castellana.

Jimeno detuvo el coche. A unos pocos metros estaba el edificio de oficiales y más allá el selecto barrio del Viso, creado por la República en los tiempos en los que esta

luchaba contra todos y contra todo para conducir a una España que continuaba sin encontrar su rumbo.

Los dos oficiales se despidieron de él y se alejaron casi corriendo hasta desaparecer por un lateral del edificio iluminado por las escasas farolas. Las primeras luces del alba no tardarían en llegar para alumbrar un nuevo día en la ciudad sitiada. Jimeno volvió a poner el coche en marcha, debía aparcarlo en las cocheras de Atocha sin levantar sospechas y sin que nadie le hiciese preguntas.

Los dos camiones blindados rompieron la noche y aparecieron por el sur recorriendo la Castellana en sentido norte; algunas farolas iluminaron el gran símbolo pintado en el capó frontal, la hoz y el martillo.

La tensión invadió a Jimeno de una manera repentina y desagradable, sabía sobradamente que aquellos camiones pertenecían a las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia, que se encargaban de controlar cualquier acto subversivo que pudiese perjudicar a la República. Muchos habían muerto fusilados por aquellas milicias, sobre todo al inicio de la guerra; si le veían le iban a hacer muchas preguntas, y desde luego que no podía decirles que acababa de dejar a dos militares republicanos que habían tenido una reunión con el mismísimo general Franco. Por supuesto que no, porque un muro había ido creciendo entre los comunistas y gran parte de los que seguían defendiendo Madrid. Todo había ido cambiando gradualmente, cuando la sublevación de julio del 36, muchos ciudadanos se movilizaron para neutralizar el golpe que intentaba acabar con el orden constitucional de

la República, con la libertad, ciudadanos normales que desde la llegada de la democracia en 1931 habían votado indistintamente a partidos de derecha o de izquierda según consideraban que ayudarían mejor al país: políticos, sindicalistas, militares, comerciantes, obreros... Todos habían reaccionado juntos contra la amenaza fascista que representaba la sublevación de los militares nacionales, pero en las últimas semanas, tal vez meses, ese conjunto que había reaccionado inicialmente contra el golpe, se había ido fraccionando, polarizándose y de qué manera. Los comunistas ocupaban gran parte de esa polarización.

Jimeno aceleró el Hispano-Suiza, que enseguida cogió velocidad. Confiaba en que no le hubiesen visto. Enfiló la calle Serrano, por donde ya se divisaban algunos transeúntes, sobre todo alguna mujer en busca de su lugar de trabajo o de tomar posición en alguna de las innumerables colas para conseguir provisiones. Madrid, aun en guerra y hambrienta, era una ciudad completamente viva y activa.

El militar republicano buscó impaciente un resquicio donde poder esconder el coche, pero el barrio de Salamanca permanecía impecable a comparación de la mayoría de las zonas de la capital azotadas por los innumerables bombardeos de la aviación nacional. Se desvió a la izquierda por un pequeño callejón, un garaje sin puerta apareció ante él como su salvación. Jimeno introdujo el coche en el garaje, rápidamente apagó el motor y guardó un sepulcral silencio. Los minutos pasaron como una pesada digestión mientras el militar intentaba crear un

guion convincente por si finalmente era descubierto, aunque estaba seguro de que, si le cogían, le arrestarían y le interrogarían hasta acusarle de traición, muy probablemente acabaría fusilado.

La sombra, ligera, cubrió la primera y tímida claridad del alba acercándose por un lateral con una intrigante lentitud. Jimeno intentó contener su taquicardia. Una mano golpeó la ventana lateral del coche y el militar llevó la suya a la cartuchera, aunque no llevaba pistola. El instinto de supervivencia actuó en el soldado, que abrió la puerta con violencia. No pensaba dejarse apresar sin al menos ofrecer alguna resistencia.

La sombra fue impulsada hacia atrás como una ligera muñeca de trapo.

—¡Ah! —el grito sonó como una dulce sinfonía.

El militar republicano miró atónito a la mujer, que se removía en el suelo intentando levantarse torpemente con su cara llena de sorpresa y de miedo. Una cara bella, un rostro inmensamente bonito.

—No me haga daño.

—No, no... Disculpe... —Jimeno extendió su mano para ayudar a levantarse a la mujer. No pasaría de los 23 o 24 años, su vestido amarillo estampado con flores no se asemejaba en nada a las ropas de las mujeres que veía cada día cerca del frente o en la misma trinchera, con sus monos azules y sus fusiles al hombro; unos ojos castaños resplandecientes iluminaban la fascinante tez clara del rostro de aquella muchacha—. La he confundido, me persiguen.

La joven terminó de levantarse y echó una mirada de completa desconfianza al soldado.

—Es usted militar...

—Sí, soy brigada del tercer batallón de la invencible Segunda Brigada Mixta que con tanto valor ha defendido Madrid durante toda la guerra del ejército fascista invasor —Jimeno se sintió infinitamente ridículo después de soltar todo aquel rollo castrense a la preciosa joven, que le observaba con un semblante entre sorprendido y divertido. El calor abrasó sus mejillas.

—¿Y quién le persigue? —dijo la muchacha en un tono divertido—. ¿Es que han entrado ya los nacionales?

El bello rostro de la joven se iluminó en una divertida mueca de ironía. A Jimeno las palabras no le parecieron en absoluto graciosas, pero pronunciadas por aquella voz, fresca, decidida y dulce, hizo que el militar esbozase una sincera sonrisa.

—No, aún no han entrado en Madrid —contestó el brigada, pensando que tal vez los comunistas que le perseguían fuesen más peligrosos que los propios fascistas de Franco. El camión se detuvo junto a la puerta del garaje—. Tengo que escapar de ellos.

La joven le observó, con un precioso gesto de duda en su rostro.

—Está bien, sígame —dijo la muchacha.

Jimeno la siguió hasta el fondo del garaje. No tenía otra opción. Las voces de los milicianos comenzaron a invadir el local. Salieron por una puerta simulada tras una vieja estantería y recorrieron un oscuro pasillo; no veía

nada, pero sentía con una gran fuerza la presencia de aquella joven, podía tocar su aurea, su calidez extrema. Llegaron a un inmenso almacén donde un montón de estanterías vacías eran bañadas por la suave luz del recién nacido día que se colaba por algún agujero invisible.

—¿Dónde estamos?

—En nuestro antiguo almacén, no creo que lleguen hasta aquí —pasaron a un pequeño cuarto separado del almacén por pesadas estanterías que hacían las veces de paredes donde reposaban algunas telas y algunas prendas de vestir, todo detrás de un mostrador de madera que miraba a una antigua cristalera protegida ahora por maderas—. Sastrería y Sombrerería Méndez.

Las últimas palabras de la joven sonaron joviales, pero con un deje de amargura que quería pasar inadvertido.

—¿Mantenéis vuestro negocio?

La joven pareció soltar una irónica sonrisa.

—Si a esto lo llama negocio... Ya no hacemos trajes ni vendemos sombreros, por supuesto. Tan solo confeccionamos algunas prendas fundamentales como pantalones y monos, no vendemos mucho, pero nos ayuda para conseguir alimentos.

Jimeno sabía que muchos negocios del barrio Salamanca, antes de la guerra prósperos y rentables, habían sido expropiados por el gobierno de Largo Caballero nada más comenzar la contienda, sobre todo negocios relacionados con la alimentación para paliar la falta de comida, que sobre todo en los últimos meses se estaba haciendo insostenible para la población. Por no hablar

de los dueños de esos negocios... muchos de ellos habían sido conducidos en las primeras semanas de la guerra a alguna de las checas distribuidas a lo largo y ancho de la capital. La suerte que habían corrido muchos de ellos no había sido nada halagüeña.

Miró a la joven que, de pie, le observaba con cara divertida. Mediría algo menos de metro setenta y su silueta delgada y sensual dejaba entrever sus contornos tras el largo vestido de lana que llevaba puesto.

Jimeno no podía imaginar a los milicianos comunistas arrestando a aquella preciosa mujer.

—¿Cómo te llamas?

La joven soltó una carcajada.

—Para qué quieres saber mi nombre —dijo la joven, que por fin dejó de llamar de usted al militar republicano—, ya te he ayudado a escapar, puedes salir a la calle, estamos a la altura del 52 de la calle Velázquez, que tengas suerte.

Jimeno abrió la puerta. Un intenso frío azotó su cara; se volvió para mirar nuevamente a la chica.

—¿Podremos volver a vernos?

La sonrisa no desaparecía del rostro de la joven. Una sonrisa embriagadora.

—Suerte —dijo.